

LOOR

Loor era un precioso centauro que sólo quería ser caballo. Detestaba su parte humana y quería librarse de ella. En los humanos, los seres más numerosos de su país, sólo veía maldad, crueldad, odio e insolidaridad. Además, éstos habían devastado los campos, contaminado los ríos y enturbiado el cielo con nubes de polvo gris.

Los años transcurrieron dolorosamente y Loor creció poderoso y robusto. Sus zancas percheronas de un bellissimo color almendrado y su torso musculoso bruñido por el sol lo convirtieron en el centauro más apuesto de su clan. Pero Loor vivía triste.

Cuando cumplió su mayoría de edad y llegó la hora de abandonar su tribu, en lugar de ingresar en la Academia de Quirón, obligación que debían obedecer todos los centauros primogénitos, se escapó al sur, con la intención de cumplir su sueño. Ser caballo.

A lo largo de su penoso periplo por bosques oscuros, ciénagas inmundas y pantanos nauseabundos, aldeas hermosas, haciendas prolijas y casonas lujosas, consultó a todos los magos, hechiceros, científicos y estudiosos que encontró en su huida, pero éstos no supieron darle respuesta.

- *¿Por qué tanto empeño? No deberías despreciar tu naturaleza. Los centauros sois sabios e inteligentes.* – Le decían, asombrados.

Pero Loor sabía que no era cierto. La mayoría de los centauros, cuando alcanzaban la edad adulta, se convertían en seres brutales y lujuriosos, amantes del vino, e incluso algunos se alimentaban de carne cruda. Y esta metamorfosis en el

carácter y en la conducta se debía a la parte humana. Por esta razón, Loor sólo deseaba ser caballo; galopar por las praderas, con sus crines de color miel acariciando el viento; entregarse a los bosques y olvidarse al tiempo.

Desesperado, decidió unirse a una manada de frisonos que pastaban soberanos de sí mismos en las dehesas que rodeaban la aldea de Gurdiaj. Pero éstos lo recibieron con desagrado e indiferencia. Incluso fue golpeado y pateado por un grupo de jóvenes sementales. Al fin y al cabo, él era un centauro; su cuerpo era de centauro. ¿Cómo convencerles de que él tenía un corazón de caballo? Fue imposible.

Cabizbajo y sin comprender quién era y en qué lugar estaba su sitio, vagó solitario por campos y estepas, alimentándose de bayas y dientes de león.

Una noche encontró compañía en una escarpada gruta donde había buscado refugio de la lluvia y del frío. Hubiera preferido estar solo, pero ... ¿qué se le iba a hacer? Su silencioso compañero de frío y soledad era un fornido minotauro, que parecía cansado y muy perdido.

- *Yo conozco esa mirada y sé cuáles son tus problemas.*

Loor se sobrecogió ante la rotundidad de tal afirmación.

- *¡Mírame! Soy un minotauro. Comparto contigo una doble naturaleza, un dualismo que puede resultar enloquecedor. Siempre hay una parte que puede sobre la otra, que la somete y tiraniza provocando un dolor infinito. Ese enfrentamiento también ha dividido y abrasado mis carnes. Yo también lo he vivido. En realidad, todos lo hemos experimentado. Pero ¿sabes qué?*

Loor lo escuchaba sorprendido, mirando las gotas como lágrimas que retumbaban en el exterior, cubriéndolo con un manto de fragante humedad.

- *Somos lo que nacimos, con lo positivo y negativo de nuestra doble esencia. Y esa dualidad, en vez de castrarnos o envilecernos, nos enriquece convirtiéndonos en los seres más afortunados de este mundo. Eres muy joven y aún no has aprendido quién eres. No es nuestro cuerpo – cuernos, crines, brazos, ¿qué más da? - el que nos convierte en lo que somos, sino nuestra alma y nuestro corazón. – Y se calló.*

No volvió a pronunciar palabra, ni siquiera cuando se desapareció con los primeros rayos de la aurora.

A la mañana siguiente, cuando la lluvia cesó, Loor decidió regresar a los bosques del norte, a su tierra, al lugar donde habitaba su tribu, al lugar donde sus antepasados habían vivido desde el principio de los tiempos. Debía continuar la estirpe y seguir los consejos de su padre Agenor.